

## LIBRO DÉCIMO.

EL 5 DE JUNIO DE 1832.

I

### *El exterior de la cuestión.*

¿De qué se compone un motín?

De todo y de nada.

De electricidad, que se desarrolla poco á poco, de una llama que se forma de súbito, de una fuerza vaga, de una ráfaga que pasa.

Esta ráfaga encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que aullan, y las arrastra.

¿Adónde?

Al acaso....

A través del Estado, á través de las leyes, á través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

Las convicciones irritadas, los entusiasmos agriados, las indignaciones conmovidas, los instintos de guerra comprimidos, los ánimos jóvenes exaltados, las ceguedades generosas; la curiosidad, el placer por los cambios de objeto, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y al oír en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, toda vanidad que cree haber fracasado su destino; el malestar, los sueños insensatos, las ambiciones rodeadas de abismos; todo el que espera de un derrumbamiento una salida, y en fin, más abajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego; tales son los elementos del motín.

Cuanto hay de más grande y más ínfimo, los seres que vagan alrededor de todo esperando la ocasión, perdidos, gentes sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen por la noche en un desierto de casas, sin más techo que las frías nubes del cielo; los que piden cada día su pan al azar y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen al motín.

Todo el que tiene en el alma una rebelión secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la suerte, linda con el motín, y desde que se presenta empieza á temblar y á sentirse frecuentemente conmovido por el torbellino.

El motín es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, truena, arranca, corta, rompe, demuele, desarraiga, arastrando consigo los ánimos grandes y los pequeños, al hombre fuerte y al débil, al tronco de árbol y la arista de la paja.

¡Desgraciado aquel á quien arrastra lo mismo que aquel con quien choca!

Los estrella uno contra otro.

Comunica á los que coje un poder extraordinario. Lleva al primero que encuentra con la fuerza de los sucesos, y hace de todo proyectiles; convierte un canto en bala, y un mozo de cordel en general.

Si hemos de creer á ciertos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder, un motín es cosa de desear.

Para ellos es un axioma que el motín afirma á los gobiernos cuando no los derriba; porque pone á prueba el ejército, concentra los ciudadanos, estira los músculos de la policía, y pone de manifiesto las fuerzas de la osadía social.

Es un ejercicio gimnástico, casi higiénico. El poder se siente mejor después de un motín, como el hombre después de una fricción.

El motín, hace treinta años, se consideraba además bajo otros puntos de vista.

Para todo hay su teoría que se llama á sí misma "del sentido común." Felinto contra Alceste; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso, explicación, administración, atenuación un poco altiva, que porque tiene cierta mezcla de culpa y de excusa, se cree la sabiduría, cuando no es más que la pedantería.

De ahí ha salido toda una escuela política, llamada del justo medio.

Entre el agua fría y el agua caliente, hay el partido del agua tibia.

Esa escuela, con sus falsas profundidades enteramente superficiales, que disecan los efectos sin remontarse á las causas, censura desde lo alto de una semi-ciencia las agitaciones de la plaza pública.

Oigamos á la tal escuela:

"Los motines que complicaron la revolución de 1830, quitaron á este gran acontecimiento una parte de su pureza.

"La revolución de Julio había sido un majestuoso huracán popular, seguido inmediatamente de la calma; pero los motines volvieron á nublar el cielo; hicieron que degenerase en querrela esta revolución, tan notable al principio por su unanimidad.

"En la revolución de Julio, como en todo progreso que se realiza por una sacudida, había habido fracturas secretas; el motín las hizo sensibles, y pudo decirse: ¡Ah! ¡Esto está roto!

"Después de la revolución de Julio, sólo se sentía la libertad; después de los motines se sintió la catástrofe.

"Cualquier motín cierra las tiendas, hace bajar los fondos, asusta á la Bolsa, suspende el comercio, suspende los negocios, precipita las quiebras; huye el dinero, las fortunas privadas se inquietan, el crédito público se ve perdido y la industria desconcertada; los capitales retroceden, el trabajo es menos retribuido; en todas partes reina el miedo, la reacción repercute en todas las ciudades.

"De ahí nacen precipicios profundos.

"Se ha calculado que el primer día de motín cuesta á Francia veinte millones de francos, el segundo cuarenta, y el tercero sesenta.

"Un motín de tres días cuesta ciento veinte millones; es decir, que no teniendo en cuenta más que este resultado económico, equivale á un desastre, á un naufragio ó una batalla perdida que destruye una escuadra de sesenta navíos de línea.

"Sin duda, históricamente, los motines tuvieron sus bellezas; la guerra de las calles no es menos grandiosa, ni menos patética que la guerra del campo; en la una está el alma de los bosques, y en la otra el corazón de las ciudades; la una tiene á Juan Chuan, y la otra á Juana de Arco.

"Los motines enrojecieron espléndidamente todos los rasgos más originales del carácter parisiense, la generosidad, el destinterés, la alegría tempestuosa, los estudiantes probando que el valor forma parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, los vivacs de los tenderos, las fortalezas de los pilluelos, y el desprecio de la muerte en los transeuntes.

"Las escuelas y los regimientos vinieron á las manos y chocaron unas contra otros.

"Bien considerado todo, entre los combatientes no había más que una diferencia, la de edad; eran de la misma raza, los mismos hombres estóicos que mueren á los veinte años por sus ideas, y á los cuarenta por su familia.

"El ejército, siempre triste en las guerras civiles, oponía la prudencia á la audacia.

"Los motines, al mismo tiempo que manifestaron la intrepidez popular, educaron en el valor al ciudadano.

"Pero, ¿vale todo esto la sangre vertida?

"Y á esa sangre añádase el porvenir oscurecido, el progreso comprometido, la inquietud entre los mejores, los liberales honrados desesperanzados, el absolutismo extranjero viendo con placer estas heridas abiertas por sí mismas á la revolución, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: ¡Ya lo habíamos dicho!

"Agréguese á esto, que si París tal vez se engrandece, de seguro se empequeñece la Francia; y añádase por último, pues debe decirse todo, los asesinatos que deshonoraban con frecuencia la victoria del orden convertido en ferocidad sobre la libertad enloquecida.

"Suma total, los motines han sido funestos".

Así habla esa casi sabiduría con que la burguesía, esa especie de samipueblo, se queda tan satisfecha.

Por nuestra parte, rechazamos esa palabra tan extensa, y por consiguiente tan cómoda: los motines.

Entre un movimiento popular y otro movimiento popular, hacemos una distinción.

No nos preguntamos si un motín cuesta tanto como una batalla.

Y en primer lugar, ¿por qué una batalla?

Aquí surge la cuestión de la guerra.

¿Acaso es menos un azote la guerra que es el motín una calamidad?

Además, ¿son calamidades todos los motines?

Aún cuando el 14 de Julio costase ciento veinte millones de francos, ¿qué tiene eso que ver?

La instalación de Felipe V en España costó á Francia dos mil millones; por el mismo precio preferiríamos el 14 de Julio.

Por otra parte, negamos esas cifras que parecen razones, y no son más que palabras.

Dado un motín, examinémoslo en sí mismo.

En todo lo que dice la objeción doctrinaria expuesta más arriba, no es sino cuestión del efecto; nosotros buscamos la causa; precisamos.

## II

### *El fondo de la cuestión.*

Existe el motín y existe la insurrección; son dos cóleras diversas, una equivocada, otra con razón.

En los Estados democráticos, únicos fundados en la justicia, sucede á veces que una fracción es usurpadora; entonces todo se levanta y la reivindicación necesaria de su derecho, puede llegar hasta á tomar las armas.

En todas las cuestiones que llegan á la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fracción es insurrección; el ataque de la fracción contra el todo es motín; según estén las Tullerías habitadas por el rey ó por la Convención, son justa ó injustamente atacadas.

El mismo cañón asestado contra la multitud no tiene razón el 10 de Agosto, y la tiene el 14 de vendimiario.

Su apariencia es, pues, semejante, al fondo distinto; los suizos defienden lo falso. Bonaparte lo verdadero.

Lo que el sufragio universal ha hecho con su libertad y con su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilización; el instinto de las masas, ayer previsor, puede estar mañana turbado.

La misma ira es legítima contra Terray y absurda contra Turgot.

La destrucción de máquinas, el pillaje de los almacenes, la ruptura de rails, la demolición de d'oks, los extravíos de la multitud, la injusta oposición del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau expulsado de Suiza á pedradas, son motines.

Israel contra Moisés, Atenas contra Foción y Roma contra Escipión, son motines.

París contra la Bastilla, es la insurrección.

Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colón, es la rebelión misma, rebelión impía. ¿Y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada lo que Cristóbal Colón por América con la brújula; Alejandro como Colón descubre un mundo.

Estos dones de mundos á la civilización son tales acrecentamientos de luz, que toda resistencia es criminal.

Algunas veces el pueblo se miente fidelidad á sí mismo, y la multitud hace traición al pueblo.

¿Hay, por ejemplo, nada más extraño que esa larga y sangrienta protesta de

los falsificadores políticos, legítima rebelión crónica, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora del triunfo popular se alza con el trono, se hace vendeana, y de insurrección en contra, se trueca en motín de favor? ¡Sombria obra maestra de la ignorancia!

El falsificador político escapa á las horcas reales, y con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca.

¡Mueran las gabelas! supone un ¡viva el rey!

Matadores de la noche de San Bartolomé, degolladores de Septiembre, destructores de Aviñón, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, Miqueletes, Verdets, Cadenettes, compañeros de Jehú, caballeros de Brassard; he aquí el motín.

La Vendée es un gran motín católico.

El rumor del derecho en movimiento se reconoce; no sale siempre del temblor de las masas agitadas; hay furores locos, como hay campanas rajadas; no suenan los somatenes siempre á bronce.

El estremecimiento de la pasión y de la ignorancia es distinto de la sacudida del progreso.

Levantaos, sí, pero para engrandeceros; mostradme hacia donde vais; solo hay insurrección marchando adelante.

Cualquier otro levantamiento es malo; todo paso violento hacia atrás, es un motín; el retroceso es una vía de hecho contra el género humano.

La insurrección es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que mueve la insurrección despiden la chispa del derecho.

Esos adoquines en otras manos no dejan al motín sino su lodo.

Dantón contra Luis XVI es la insurrección; Herbert contra Dantón es el motín.

De ahí proviene que si la insurrección, en estos casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el más santo de los deberes, el motín puede ser el más fatal de los atentados.

Hay también alguna diferencia en la intensidad del calórico; la insurrección suele ser un volcán, el motín es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, como hemos dicho, parte algunas veces del poder. Polignac es un bullanguero; Camilo Desmoulins un gobernante.

A veces, insurrección es insurrección.

La solución de todo por el sufragio universal es un hecho absolutamente moderno, y toda la historia anterior á este hecho desde hace cuatro mil años, llena de violaciones del derecho y de sufrimientos de los pueblos, cada época de la historia lleva consigo la protesta que le es posible.

Bajo los Césares no hubo insurrecciones, pero hubo un Juvenal.

El "facit indignatio" reemplaza á los Gracos.

Bajo los Césares hay el desterrado de Siena, é igualmente el autor de los "Anales".

Y no hablamos del gran desterrado de Patmos, que también él condena al mundo real con una protesta en nombre del mundo ideal; hace de la visión una sátira enorme, y arroja sobre Roma Nínive, sobre Roma Babilonia, sobre Roma Sodoma, la flamígera reverberación del Apocalipsis.

Juan, sobre su peñasco, es el esfinge sobre su pedestal; puédese no compren-